

Año nuevo, líos nuevos



Alan Stoga
Presidente de Zemi
Communications
www.zemi.com

EN EL COMIENZO de un nuevo año es tradicional aguardar con esperanza que el cambio de calendario brinde un mejor futuro, sin importar los problemas y dificultades que se hayan acumulado durante los pasados 12 meses. Así será en este recién iniciado 2006.

La buena noticia es que la economía de EE.UU. continuará desafiando la gravedad este año. A pesar de los déficit masivos, altos precios del petróleo, crecientes tasas de interés y una agria atmósfera política, su economía continuará creciendo entre 3,5% y 4%. Ya que lo más probable es que China también mantenga su sorprendente expansión, se darán las condiciones internacionales para otro año de crecimiento económico en América Latina: altos precios de materias primas, bajas tasas de interés, liquidez abundante y una continua demanda de EE.UU. por trabajadores que provean masivas remesas a sus hogares.

La noticia no tan buena es que el virtual colapso del momentum de las reformas en todo el hemisferio significa que el momentum externo será dilapidado. Por lo tanto, el crecimiento en la región seguirá siendo significativamente menor que el que podría o debería haber sido, creando menores ingresos y menos empleos que los necesarios.

La mala noticia es que la perversa consecuencia de este ciclo continuo de no reformas y desilusión económica será la elección de gobiernos de izquierda en más países. En 2006, 400 millones de personas en nueve países votarán por nuevos gobiernos. Si confiamos en las encuestas, la mayoría de ellos votará por candidatos y partidos que son cada vez más populistas, nacionalistas, antimercado, e intensamente temerosos de la economía global, como recientemente sucedió en Bolivia.

Ésta es más o menos la misma fórmula cuyo fracaso produjo la década perdida de los 80 y cuya cura ha mantenido un decepcionante crecimiento económico desde entonces. En un mundo que es mucho más globalizado, donde China ha emergido como un temible depredador industrial y donde el conocimiento y la innovación, no los recursos naturales, son los elementos críticos para alcanzar un desarrollo sostenible exitoso, lo que falló una vez fallará de nuevo.

De hecho, incluso los defensores de esta vieja religión –la cual está sólo temperada por un persistente compromiso a relativamente conservadoras políticas fiscal y monetaria, previniendo así una

nueva explosión de deuda e inflación– no argumentan que su posición producirá el tipo de boom económico que podría comenzar un verdadero ciclo de desarrollo en la región. Ellos sólo dicen que están cansados de las reformas.

¿Por qué están la mayoría de los electores mirando a la izquierda? Simplemente porque la mayoría de ellos son pobres y profundamente escépticos de que las elites económicas y gobiernos centristas que han dominado la vida política en la región por los últimos 20 años, los harán menos pobres en un futuro cercano. Ellos no creen en la promesa de más reformas porque no creen que la realidad de las reformas haya cambiado sus vidas. Incluso peor, ellos ven una creciente brecha entre ellos mismos y los que claramente se están beneficiando de la globalización. Ellos están entendiblemente seducidos por los políticos populistas, quienes están dispuestos a darles algo real, aunque sólo se trate de pequeñas donaciones extraídas de las arcas fiscales o protección de corto plazo contra las merodeadoras fuerzas de la competencia internacional.

Esto es verdad tanto en países desesperadamente pobres como Bolivia, como en países con una emergente clase media, como México. En ambos casos –y en todos los intermedios–, la mayoría de los votantes son pobres y no creen que políticas o políticos centristas resuelvan su pobreza.

Ésta no es una fórmula para el desarrollo económico sostenido, pero sí la de un nuevo tipo de lucha de clases, que se libra en las urnas en vez de en las calles. Políticos desde Kirchner y Lula hasta Chávez, Morales y López Obrador alientan entusiastamente este forcejeo, porque, en una región donde más de 200 millones de personas son consideradas pobres y donde otros millones más viven apenas sobre esa línea de pobreza, éste es su camino directo a una victoria política.

Las consecuencias de una región enteramente volcada a un modelo económico fracasado se sentirán en el largo plazo: menos inversión, menos creación de empleos, más migración a EE.UU., mayor dependencia en la exportación de materias primas, mayor vulnerabilidad a la amenaza económica china y finalmente, menor crecimiento económico y menor desarrollo.

Pero en el corto plazo –2006– la región continuará creciendo, aunque sea modestamente. Comparado al menos con algunas alternativas, eso ya es suficiente para celebrar. ■